

CORREO DE MADRID

DEL MIERCOLES 11 DE AGOSTO DE 1790.

ARTICULO I.

Sigue la materia del Estilo.

Diximos en el número anterior lo que era excusable en materia del estilo; resta ahora el tratar de aquellos defectos, que no pueden tener excusa.

El primero de estos podemos llamarle la impropiedad, la qual puede ser de varias maneras. Es sumamente impropio en el estilo quando el Orador quiere hacer de Poeta, y el Poeta de Orador. Todos saben quan diferente es la prosa del verso, por esta razon jungan los Criticos ser poco loable aquella imagen con que Veleyo Paterculo describe en el lib. 2. de su historia la desdicha de Mario, que desde el colmo de una fortuna extraordinaria se vió reducido á una vida infeliz entre las ruinas de Cartago. *Cursum, dice, in Africam direxit, isopem vitam in tugurio ruinarum Cartaginensiam toleravit. Cum Marius aspiciens Cartaginem, illa intuens Marium, alter alteri possent esse solatio.* Que el mirar Mario á Cartago arruinada, y el ver á Mario infeliz pudiesen servirle de consuelo uno á otro es una imagen de la fantasía muy viva y muy bella; pero que convenia á un Poeta, y no á un historiador, cuyas imagenes deben ser hijas de la madurez del entendimiento y no de los delirios aunque bellos de la fantasía. Así mismo quando el Poeta olvidandose del language que debe animar siempre el furor y el entusiasmo habla con una prosa baxa é irregular, se hace acreedor al comun desprecio.

No es menor impropiedad quando despues de haber elegido el estilo conveniente á la materia de que se trata,

que debe ser el primer cuidado, solo estiman por bueno lo que solo es defectuoso; es decir quando en vez de lo sublime adoptan lo hinchado, en lo florido lo pedante, en lo sencillo lo fío y lo baxo. En una palabra quando en todo reyna la afectacion.

Hay muchos que piensan que la sublimidad del estilo no consiste sino en las palabras hinchadas, en expresiones pedantescas, metáforas desproporcionadas y monstruosas. No acaban de conocer jamas que un pensamiento sublime no debe explicarse con ansibologia, ni obscuridad. Quando Virgilio dice *Rex Jupiter omnibus idem* nos dá uno de los pensamientos más sublimes, pero explicado con palabras propias, con claridad y con hermosura. Pero algunos talentos sumamente limitados que siguiendo las huellas del mal gusto, toda la sublimidad la ponen en lo pomposo y abultado de las palabras no se ocupan mucho en los pensamientos. Así quando Silveira en el poema de los Iliacabeos dice:

Entraba de este sitio en los umbrales
Andrónico, que el pecho fortifica
de vulcano labor y acero puro
vertiendo sombras del erebo obscuro.

Todas estas palabras tan retumbantes *vulcano labor sombras del erebo obscuro* aunque prometen mucho, y aunque parece que quieren decir algo, no es otra cosa sino que Andrónico llevaba vestido una coraza de acero. Todo buen Poeta debe huir semejante defecto, y abominarle como el mas opuesto al buen gusto atentandose siempre al precepto de Horacio: que la llama se siga despues del humo, no el humo

después de la llama.

Non fumum ex fulgore sed ex fumo dare lucem.

Otro defecto no menos reprehensible es lo que Longino llama *parentirso* y Boy-leau interpreta furoros fuera de razon. No hay cosa mas impropia ni ridicula que el ver que uno se enfurece, se agita y commueve por vagatelas. Esto es como dice Quintiliano querer poner á un niño las vestiduras de Hercules. El parentirso, pues, es defecto propio de los declamadores y pedantes. Lucano y Seneca el tragico quisieron llegar por este medio á igualarse con Virgilio; pero ni la *Farsalia* ni las *Tragedias* del otro han podido igualarse con la Entida.

ARTICULO III.

Publicamos la siguiente carta, que ha llegado á nuestras manos, aunque ignoramos si es traducida ú original, para cuya publicación hemos suprimido el artículo segundo.

Querido sobrino: no me parece mal que habiéndote concedido el Cielo el gozo de tener un hijo, procures con anticipacion instruirte en quanto al mejor y mas seguro método que deberas observar para educarle. Doy gracias á Dios, y das tu tambien conmigo de que en un siglo tan inconsiderado, sobre una materia de tanta importancia, y aun hallandote, digamoslo así, engolfado en las primeras delicias del matrimonio, te haya inspirado el laudable pensamiento de discurrir en un asunto de tal gravedad.

Ya que me pides dictamen por considerarme consumado en las cosas del mundo, quiero satisfacerte segun me parece conveniente. Antes de todo permíteme procure afirmarte mas en este buen modo de pensar, haciendote comprender lo importante de un punto que para fatal ruina del mundo está en el dia totalmente olvidado, ó se cumple con él á la moda, sin reflexionar,

ó se executa por cada uno segun su capricho sin la menor direccion.

Acaso te parecerá extraño si te digo que la mayor parte de las relaxaciones que inundan la tierra, y que en el dia como nunca la han constituido mas bien morada de bestias, que de hombres, tenga el origen de la pe-xima educacion de los hijos, y con efecto ello es así.

Dios dispone que nazcan los hombres, y por consecuencia las mugeres dotados ciertamente de la inteligencia racional, que con aquel vinculo que no podemos comprender ha unido á nuestra materia, pero de tal modo desnudos de ideas y conocimientos, que apenas nacemos, ni siquiera sabemos querer alguna cosa, porque no podemos concebir algun deseo.

Y con efecto, apenas han empezado los niños recién nacidos, después de pocas horas, á hacer uso de las sensaciones mas prontas; esto es de la vista, del oido, y del gusto, quando inmediatamente empiezan á desear, y querer aquello que hallan les es agradable. Se ha hecho varias veces la experiencia, y así el niño apenas nacido vé una linterna, la mira con atencion, que es indicio del gusto que experimenta. Faxado y colocado en la cuna y puesto en obscuridad, llora y se desazona; saquesele de allí, y hágasele ver la linterna, inmediatamente se aquieta: vuelvasele á privar de la luz y vuelve á empezar el llanto hasta que nuevamente se le manifiesta el objeto de sus deseos, y así se verifica tantas quantas veces se repite la experiencia: y vease que en los primeros movimientos del nacer, se empieza á desear aquello en que se halla gusto.

No tiene lengua para pedir, ni fuerza para conseguir; pero como comprende que el llanto, ó mas bien los gritos le hacen que consiga lo que desea, usa de esta arma quando quiere alguna cosa.

Por estas observaciones reales ves

desde luego que la primera que de nuestro ánimo se manifiesta en nosotros, es una inclinacion innata de hacer, ó querer las cosas á nuestro modo. Por otra parte, Dios que ciertamente ha querido criar al hombre libre, y dispuso tambien segun su providencia que nazca sujeto á la ley, para que desde luego empiece á acostumbrarse á obedecer la razon, y por tanto nace incapáz de poder hacer resistencia, para que los padres prudentemente puedan sujetarle, y á dirigir sus inclinaciones.

Serás capaz de crearme un fanático, ó un necio, si te digo que sobre estos verdaderos principios puede una racional direccion empezar desde los primeros dias á corregir con la resistencia las inclinaciones y deseos de un niño. Con efecto ello es así; y te podré decir, que cierto padre que sabia hacer distincion entre el llorar y el gruñir de un hijo suyo de poco tiempo, observando que gritaba horas enteras viciosamente, tocandole apenas con los dedos sobre una mejilla, y acompañando este acto con la voz, como si le reprehendiese, el niño mudó los gritos en verdadero llanto, sin volver á gruñir jamas, volviéndose el padre á los circunstantes les hizo comprender que aquel pequeño niño habia comprendido, y se habia aprovechado de la correccion.

¿Por ventura crees que baxo la necia enseñanza del ama que los cria, pueden corregirse bien estas semillas primeras de la voluntad propia?

Este discurso concluye para probar que así como se puede con mucha anticipacion dedicarse al cuidado de la educacion de los hijos; así, si estos salen malos, consiste en el abandono con que se ha procedido con ellos. Predomina en muchos sugetos una falsa prevencion, procedida por un amor inconsiderado, que tiene mas de irracional que de racional, y esta se reduce á que mientras los hijos se hallan de poca edad, no son capaces de correccion

que no comprehenden, que no saben lo que se hacen; y con esto se les dexa entre las garras de la malicia que empieza á nacer, la qual con el discurso de los años toma fuerza y vigor, de manera, que quando se quiere reducirlos á la obediencia, y hacer que se dexen los malos habitos adquiridos, estan de tal manera conaturalizados con ellos que ya no querran ceder sino á costa de mucho trabajo.

No hay comparacion que mejor explique este punto, que la del arbolillo; el sábio Agricultor á poco despues que ha nacido, observa que inclina ó fuerza su direccion, le violenta un poco con la mano, para que se rectifique; y si con todo prosigue en torcerse, le pone un pequeño puntal, y si esto no basta claba un palo derecho á su lado, y con varias ligaduras le obliga á que crezca rectamente; y esto por qué? porque sabe que si lo dexase crecer con la inclinacion que llevaba en llegando á endurecerse no podría enderezarlo, sino con el yerro, ó con el fuego.

¿Pues cuánto mejor, y mas importante es el echar mano de semejantes, y aun mas cuidadosas diligencias para estirpar las malas inclinaciones en los hijos? Esto es tanto mas importante, como que quien se descuida en esto á menos de que no tenga un ánimo perverso, se prepara, ó se expone á verse padre de una generacion de hombres perversos, para sufrir de los hijos mientras viva mil amarguras, y en lugar de gozar una vejez pacífica, se halla reducido á desear la muerte, y morir con el dolor de dexar una tropa de impijos sobre la tierra, que nacieron de su sangre.

Con que el origen del descuido en la educacion de los hijos es un amor insensato como te he dicho, que mas tiene de bruto que de hombre; pues que quando el verdadero amor racional sería educarlos y dirigirlos segun la ley y las buenas costumbres, especial-

mente resistiendo con tiempo á sus malas inclinaciones y corrigiendo sus pequeñas faltas, se les dexa que hagan lo que quieran, se les celebran, y si es menester se fomentan, atribuyéndolas á indicios de vivacidad y de espíritu.

Se dice que son pequeños que no saben lo que hacen; pues por lo mismo porque no lo saben, es preciso hacerles comprender que hacen mal. ¡Oh! se replica son ligerezas de niños: ciertamente que sí; nadie dice lo contrario, no matan á nadie, no blasfeman, ni cometen otros graves delitos; pero si no los cometen es porque no pueden. Y si tú les toleras los pequeños males que ejecutan siendo niños, puesta la malicia en libertad los irá llevando á los mayores, y quando lleguen á ser adultos cometerán delitos de hombres, y entonces no podrás oponerte á ello, y será inútil la correccion.

Por lo mismo, el verdadero amor es el desear en ellos el cultivo del animo, y quando se trate de éste debe ceder qualquiera firmeza irregular é insensata, pues que los niños tienen tambien su puarl dialectica, con la qual saben entre sí mismos formar silogismos, y deducir una cosa de otra. Si hallan á sus padres blandos y que condescienden á su llanto, sabrán emplear esta arma para conseguir lo que desean, y aun tambien para desarmar la correccion.

Con que es preciso prefixarse con mucha anticipacion, el modo de resistir á sus inclinaciones y antojos, para que vayan conociendo y sepan que deben obedecer, y no mandar. Con esto aprenden tambien á moderar sus deseos y á padir con subordinacion. No se ha de tener miramiento á que las peticiones sean justas, ó indiferentes para negarlas; ciertamente quando son tales, á poco tiempo despues, y quando el niño se haya olvidado de lo que pretendió, entonces convendrá concederlelo haciendo como que se ejecuta espontaneamente; de lo que resulta que no solo empieza con tiempo á conocer que

debe depender de la voluntad de sus padres, sino que tambien concibe mas amor á estos, porque le conceden ciertos gustos, quando menos los esperaba.

Pero no conviene dexarse mover de los llantos, gritos, ni de otras pueriles astucias; y lo que mas importa es, que todos esten de acuerdo, porque de otro modo, si el padre niega y la madre consiente, ó bien si estando estos unidos los criados facilitan á los niños sus antojos ocultamente, nacerá un efecto peísimo, y es el que aborrecerán á aquel ó á aquellos que se oponen á sus caprichos, y amaran á los que condescienden á ellos.

Igualmente si el padre diese una correccion á el niño y la madre en su presencia aprobare las faltas ó le disculpase, no habrá cosa peor para la educacion como que el niño balle uno, por exemplo la madre, como por lo mas sucede, que le dé la razon en presencia ó en ausencia de quien le ha corregido.

Y se cree, ó intempestiva ó demasiado rigida la correccion, ya sea el padre ó la madre, espere la ocasion de hacerlo presente quando el niño no lo está. Por otra parte convendrá tener facilidad en el perdonar el uno á inatancia del otro con promesa de la enmienda, quando el niño no reincida con frecuencia. En suma los objetos que han de tener los padres para con los hijos no deben ser diferentes de aquellos que tiene Dios con los hombres, esto es de hacerse amar y temer.

Hasta aqui te he dicho quales deberán ser las reglas para educar los hijos en su mas tierna edad: estarás creyendo que aun me queda mucho que decir en quanto al modo de arreglar sus acciones segun van creciendo, pues has de tener entendido no es así. Entonces, quando hayas inclinado al niño conforme corresponde en la edad mas tierna, crecerá recto como el arbolillo, al qual mientras fue simple vara se le impidió que se torciese. Siempre que tu no te descuidares un momento en quanto á la enseñanza, quando llegue á ser de edad de siete años habrás vencido el mayor trabajo, y no tan-

drás mas sino continuar el método ya emprendido, en que hallarás mucha fidelidad, porque el niño estará ya acostumbrado y constituido docil á semejante enseñanza. (Se concluirá).

ARTICULO IV.

De Tomas Moro Canciller de Inglaterra.

La ciencia y la virtud tuvieron grandes atractivos para este hombre ilustre, y cultivó la una y la otra con amor. Siempre superior á los caprichos de la fortuna, ni la grandeza de su clase, ni las desgracias de su prision, ni su pobreza alteraron la igualdad de su alma, ni la viveza de su espíritu. Será siempre colocado en la clase de los hombres grandes por su integridad y constancia en seguir los principios que se habia propuesto.

Enrique VIII. empleó á Moro con suceso en muchas embaxadas, y le confirió por recompensa de sus servicios la dignidad de Canciller de Inglaterra. Pero este favor no fue de larga duración. Habiendo rompido el Rey los enlaces con la Iglesia Romana, y hechoso declarar cabeza de la Iglesia Anglicana, quiso obligarle á Moro á que le prestase el juramento que exigia de todos sus vasallos. Este no quiso obedecerle, á pesar de las lisonias, promesas, amenazas y demas medios que empleó para alcanzar la aprobacion de este hombre inflexible. Irritado el Monarca al ver su firmeza le hizo poner preso, le hizo quitar sus libros, que era el unico consuelo que tenia en medio de los horrores de la prision. Sus amigos procuraron ganarle haciéndole presente que no debía ser de otra opinion que el gran Consejo de Inglaterra: „Si yo fuera solo contra todo el Parlamento (respondió) desconfiara de mí mismo; pero yo tengo á mi favor á toda la Iglesia, que es el gran Consejo de los christianos.“

Viendo el Rey que nada le podia vencer le hizo cortar la cabeza sobre un cadabalso, siendo su muerte la de un mártir.

ARTICULO V.

Carta = Señor Editor, he leído su correo de Vmd. con gran cuidado y he visto que no ha habido ninguno que haya respondido á las preguntas de Doña Maria Blanca: y como yo soy de la misma estofa y sexó que quien ha dispuesto la primera y segunda carta de dicha Señora, creo que puedo tomar la pluma para hablar alguna cosa con semejante literata. =

Muy Señora mia: Entre varios sugetos que asisten á mi tertulia (que tambien la tengo yo) se trató de sus cartas de Vmd. con bastante individualidad, y sin hacer mucho aprecio del bello sexó, porque dicen, que en materia de escritores no vale este ni aquel y que solo se puede dispensar la benignidad á la que á buelta de este ú otro defecto manifieste fuego, inteligencia y talento. En esta atencion uno decia, que su estilo de Vmd. manifestaba ser de un filósofo escolastico, á que no faltaba mas que el *materialiter* y *formaliter*, y que era cosa bien rara el hallar una dama educada en un estilo tan fastidioso y tan poco al uso: llegando á añadir, que los fieros de la segunda consabida eran poco decorosos á una Dama; pues no siempre los literatos quieren perder el tiempo en responder á lo que importa bien poco.

Un Castellano viejo decia que era lastima que no hubiese en España un poeta cómico, que glossase con todas las reverendas la enunciada carta; porque esto oia á la escena de las Mujeres sabias de Moliere; y así cada uno hablaba lo que le venia á la boca, todos sin duda embidiosos de que una dama salga al Público con su carta de espadas. Yo puse en movimiento todos nuestros resortes para defender á Vmd. y culpar á los correspondientes silenciosos, quando un sugeto bastante travieso, que habia callado hasta entonces, me dijo: X. bien Señora á que era necesario tod-

eso: le parece á Vmd. difícil, pues yo responderé aqui de pronto. Los rollos de las villas tuvieron principio quando los pusieron: los pendientes desde que se colgaron de las orejas: el tabaco se tomó por las narices desde que se le llegaron á ellas, y en humo desde que lo encendieron y chaparon y... Por Dios le dixé, que no se le olvide á Vmd. ese modo de responder, que es harto bello y demostrativo. Pues Señora; me respondió, á pregunta de blanca, respuesta de maravedí; quiero decir, que á tal acaso tal paso. Si esa Señora preguntadora, preguntara como debía educar sus hijos, si los tiene; en que edad debía variar de método: como habia de dirigir su familia, haciendo que sus criados la amasen y la bendigesen; como habia de instruirse para no parecer buchillera, ó no decir doscientos disparates; si en fin preguntara que uso debería hacer de la moda para no parecer ni ríscula, ni loca; y así otras cosas que á mas de muchas damas les hace tanta falta como el comer, entonces sí que hubiera habido sujetos que hubieran procurado servirla; pero de vagatelas, quien hace caso. Y si sabe todo eso y ha querido solamente divertirse por este medio? Si lo sabe, que puede muy bien, haria en preguntarlo un favor á otras muchas que lo ignoran; y si era por divertirse, es cosa harto rara querer hacerlo á costa de la atención del Público. Si conociera al Señor Editor yo le digera que lo avisase así, y que no condescendiera tan facilmente á publicarlas.

Yo soy de su partido de Vmd. y siento que hubiese hablado de este modo. Se lo comunico á Vmd. para que haga lo que guste y que reconozca por su afecta á Doña Clara Veráz.

Señor Editor, muy señor mio: Está de Dios que yo he de dormir para ver lo que muchos velando no pueden siquiera distinguir; es decir pues, que así como soné una noche que me hallaba en

una república de literatos, verdaderamente tales, otra siesta soné que entraba en una de charlatanes, pedantes y demas insectos del buen gusto. Referiré á Vmd. mi sueño, y si le parece dele lugar en su periódico como hizo con el primero, á lo que me confieso reconocido y procurare manifestarlo siempre que tenga ocasión de hacerlo.

La sociedad de que voy á hablar era la mas numerosa que se puede discurrir, allí habia gente de todas edades, naciones, trages, costumbres, idiomas y facultades; no habia casi mas tiendas que librerías, y las casas consistoriales estaban en unas casi al piso de la calle, francas á todo el mundo, porque allí todos son iguales como cabos de agujeta, y allí todos son partícipes de los secretos públicos y privados.

Las fortificaciones de esta república, sino estoy engañado, ó son las mismas, ó hechas sobre el plan de las que se vieron en nuestro teatro, en el asalto de no se que plaza, que se representó tiempos pasados. Tienen su rastrillo, puente levadizo, foso, y otras bromas semejantes, y lo mas particular es, que el Arquitecto dicen que fue un Poeta.

Luego que entré en la ciudad me salí al encuentro un *salimbanquis* muy atusado y me dixó, vos seais muy bien venido, me parece que vos vendreis con mucho de gana de tener la dicha de ser de los individuos de esta remarcable república, y si vos me lo permitis yo os haré un bello detalle de la república que yo vengo de anunciaros. Yo le agradecí su propuesta, aun que tuve la penitencia de oír su chapurrado language. Lo primero que hizo fue conducirme á una de las asambleas públicas, donde habia una porcion de vigas derechas charlando sin orden ni concierto, todos á un tiempo y de monton, unos recitaban versos, otros citaban autores extranjeros, otros eran panegiristas de sus obras, y ninguno se entendia. De que yo me vi entré aquellos charlatanes, me figuré estar en la cueba de los duendes de Don Yo. No

bien me presentó mi socio quando ya todos me abrazaron y besaron, me ofrecieron su amistad, pero yo que no soy amigo de fingir, no correspondí con la prosa que ellos querían, por lo qual me tacharon de incivil y mi Amigo quedó *remarcado* de grosero. Dexamos la tertulia, biblioteca o prendería literaria que allí todo es lo mesmo, y fuimos al teatro.

¡Ira de Dios, Señor Editor, que cosas ví! Yo con soñar tantos despropósitos no he soñado uno semejante como la tal pieza dramática: no me acuerdo del título, pero se que era chocante y que solo para leerle era menester un año; en los otros defectos no me meto, porque no había mas de bueno que los vestidos de los actores, que sin duda lo eran. Yo me salí apestado oyendo los elogios del compañero, que alababa la pieza por el merito de las actrices. De allí fuimos á un café á refrescar (estas tiendas se llamaban antes botillerías).

¡Virgen santa y que de cosas se oían allí! Unos hablaban de los cafes de Londres, París &c. interin que otros estaban manifestando las faltas y sobras de todos sus conocimientos. Allí vimos sobre una mesa un papelucho mal impreso y peor digerido, donde se daba razon de una guerra literaria que no merecia todo su asunto que se gastasen dos renglones en tratarlo; casi todo se reducía á preguntas y respuestas frias é insulsas, concepciones vulgares y alguna que otra desvergüenza paliada. Salíme fastidiado y fui conducido á una casa grande, obscura por dentro, de grandes patios &c. donde nos salió al encuentro un hombre grave (y descortes) cargado de mugre y de tabaco, y al verle me dixo mi compañero al oído, este fue desterrado por *Escolasticon* de la república de los sabios, pero sabe mas que todos ellos juntos; capaz es de tirar en un solo minuto mas silogismos que cañonazos el mas sabio artillero. Nosotros le saludamos y el nos respondió: *A Dios monos*. La llaneza alabo, dixé aparte al compañero, y el me replicó, en estos es

muy comun este modo de tratar.

En una plaza grande vimos un hombre puesto sobre una mesa dando grandes voces y ofreciendo espíritus, elixires y alkalís para todos los males, preguntete si tenia uno para curar embusteros, dixo que sí, á lo que repliqué, pues hermano no olvide aquello de *Medice cura te ipsum*. Luego hablé con algunos criticastros, de aquellos que á costa de truncar y tergiversar obras hallan solamente faltas sin notar bellezas, obrando siempre mas por embidia que por amor á la verdad.

En esto me despertó mi criado, lo que senti en extremo, y me hallé quieto y sosegado en mi cama. Raro sueño fue Señor Editor, pero como dicen las tias *sueños hay que verdades son*.

B. L. M. de V. S. S. S. D. Dormilon.

ARTICULO VI.

Sobre la ignorancia de los hombres en no saber apreciar su mayor bien que es la vida, haciendola miserable y llena de afliccion por la multitud de sus vanos deseos.

FABULA

La Lagartija y el Escarabajo.

Viendo en su rendija
como está contenta,
á su vida atenta
una Lagartija:
¿y qué no te aflixa
estado tan baxo?
un escarabajo,
la dixo engreido.
Y ella: presumido,
vivir no es trabajo.

Habló, como un Filósofo de Athenas, reprehendiendo en el Hombre vanas penas.

Sobre la falta de las Señoras Mujeres, nunca bastantemente reprendidas, en no criar sus hijos: negándose á los mas fuertes impulsos de la naturaleza y privándose de sus mas tiernas delicias.

F A B U L A.

La Paba y la Gallina.

Una Paba ufana,
en medio de que ve sus cortos vuelos,
solo en su libertad: de sus polluelos
encontró muy rodeada
á una pobre Gallina,
que agitada camina,
sin parar un momento
en busca del sustento
para aquellos hijitos;
y que ya cacareando, ó medio á gritos
no sosiega en llamarlos,
ó del riesgo avisarlos,
ó en hacerles reclamo á la comida
con que, pibándose ella, les convida:
hasta que satisfecho
este cuidado, con ardiente pecho
extendiendo sus alas los cobija
y muy hueca de amor se regocija.

¡Cómo así, miserable,
(la dixo) como es dable
que sufras una vida tan austera!
¿No miras como ufana y plentera,
rodeada de Galanes por mi porte,
ó al lado, si me gusta, del consorte,
paso una vida llena de placeres,
segun suelen pasarla las mugeres
de mayor gerarquía, (*)
que es la que pare mas, quien menos
cria?

¿Pues, por qué, tú, inocente.
no vives como yo, bonitamente?
El que pongas tus huebos, es muy
justo;
y aun puedes cacarearlos, si es tu
gusto.

Pero no mas: no mas pensar en ellos;
sino solo en los Gallos los mas bellos:
sin que temas se acaben
porque los hombres saben
unos arbitrios nuevos
para sacar pollitos de tus huebos:
pero si llegan ya tus desvarios
hasta criar tús hijos y los míos!

Aquí la buena madre enfurecida
(la dixo), presumida:

¿sabes tú, qué es amor ni que son
hijos?

¿sabes los castos dulces regocijos
que inundan á una madre, á una Gallina
al verse como yo casi divina
rodeada de su tierno amable fruto,
que en caricias le paga el fiel tributo,
del amparo, el abrigo y la comida;

con que le dá otro ser y nueva vida?
Y al fin: una muger (segun alega
tu loca vanidad), esa que niega
el cuidado que debe á sus pequeños
por pasar en placeres alhagueños:
¿como la llama el mundo (si la alaba
tu vana presuncion, tu tontería)?
Pues, sabete hija mia:

que á boca llena se la llama, PABA.

Con esto la Gallina cacareando
se fue con sus polluelos alejando
de la Paba que muerta de corrida
no tuvo que decir. Ni concluida
la fabula: le hallo
mejor aplicacion que la que collo.

El Aplicado.

El Viejo y la Niña, Comedia nueva
en tres actos en verso: se hallará en la
Librería de Castillo frente las gradas
de San Felipe.

Despues de los repetidos aplausos
que el Público ha dado á esta Come-
dia, el juicio que han formado aquellos
pocos que entienden esta materia, y
las críticas que ha padecido, que no es su
menor elogio, seria excusado qualquier
encomio que quisiesemos hacer de ella.

(*) No solo son estas con quien habla la Fabula. Pero como todas se lo presumen por grados y el exemplo tiene tanta fuerza, no deberá extrañar el que se dirija á ellas particularmente. No obstante que muchas no sean comprendidas, por ballarse lejitimamente excusadas.